

causa el recuerdo de mis pasadas desconfianzas y temores excesivos; desde hoy me arrojo en vuestras manos, y estoy seguro que me auxiliaréis, porque me tenéis escrito en ellas, y no queréis olvidaros de mí. Oid, Señor, mis súplicas, y compadeceos de mi necesidad.

Epílogo y coloquios. ¡Oh providencia amorosa de Jesús! ¡Cómo resplandeces en el Evangelio de este día! ¡Qué Padre tan previsor, qué Médico tan sabio, qué Maestro tan caritativo se muestra en el consejo ó mandato que da á sus Apóstoles! ¡La oración! He aquí la clave de la felicidad verdadera, la panacea universal, la sólida sabiduría. Imposible parece que creyendo lo que creemos, y oyendo tan frecuentemente las palabras de Jesús, no seamos más aficionados á ella. Y más imposible aún parece que, sabiendo la promesa que ha hecho Jesús al que ora, lo hagamos con desconfianza, como si nuestras palabras se perdiesen en el vacío. Sabemos que Jesús, hijo de Dios, ora con nosotros; que el Padre Eterno nos ama con ternura mayor que todos los padres han amado á sus hijos; y, con todo, oramos con languidez y hablamos con Dios de un modo tan distraído, que no osaríamos hacerlo con el más vil mortal. No es extraño que no reportemos de la oración aquel gozo lleno que desea Jesús. Parece que sólo sabemos hablarle con fervor cuando le pedimos la basura de su casa, esto es, los bienes materiales. ¿Cuándo nos penetraremos de los deseos y sentimientos de nuestro Salvador, y le pediremos lo que le agrada? Tiempo es ya de que, enmendando lo pasado, nos resolvamos á orar como conviene, y á mirar la oración como la primera de nuestras ocupaciones. Propongamos y pidamos lo necesario para obrar de esta manera.

DOMINICA DENTRO DE LA OCTAVA DE LA ASCENSIÓN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo anuncia á sus Apóstoles la venida del Espíritu Santo y los bienes que les comunicará, y los dispone para las tribulaciones que habrán de sufrir.—(Joan., xv, 26-27, y xvi, 1-4.)

PRELUDIO 2.º Representémonos al Señor pronosticando las persecuciones de que seremos víctimas.

PRELUDIO 3.º Pidamos al mismo Señor nos conceda la gracia del Espíritu Santo para sufrir con paciencia los trabajos que nos asalten.

Punto 1.º Cuando viniere el Espíritu consolador que Yo os enviaré desde el lugar en donde está mi Padre, Él dará testimonio de Mí. Considera cómo Jesucristo llama al Espíritu Santo el Paracleto, esto es, el consolador, el auxiliador, el abogado para prestarnos socorro. En Él hallamos todo cuanto podemos desear, y todo cuanto podíamos tener en Cristo, pues que son una misma naturaleza divina. Ningún hijo halla en su padre los bienes que nosotros encontramos en el Espíritu Santo. ¡Oh, si tú conocieses

este don de Dios! ¡Con cuánto ardor lo desearias! ¡Con qué fervor lo pedirías! ¡Con cuánta diligencia lo conservarías habiéndolo recibido! Este divino Espíritu se llama con razón Espíritu de verdad, porque es totalmente opuesto al espíritu de mentira, error y engaño, propio del demonio; es también la fuente y principio de toda verdad acerca de Dios del mundo y del hombre; nos enseña toda verdad, no sólo la que nos conviene saber para la salvación, sino también para alcanzar la perfección; Él nos muestra los bienes sólidos y verdaderos, cuales son los espirituales y eternos, descubriéndonos su excelencia y manifestándonos cuánto se diferencian de los vanos y caducos de la tierra. ¡Dichosos aquellos á quienes guía y dirige este Espíritu! No andarán en tinieblas, ni llamarán á lo bueno malo, sino que pesarán todas las cosas por el propio valor que tienen. ¿No sentimos nosotros la necesidad de este divino Espíritu? ¿Qué hacemos para alcanzarlo? ¡Oh Espíritu de verdad! Esclareced los ojos de nuestra mente para que conozcamos el camino que hemos de seguir, huyendo de todos los extremos peligrosos, de modo que en la práctica de la virtud y en el cumplimiento de nuestros deberes obremos siempre según vuestras divinas inspiraciones.

Punto 2.º Considera cómo Jesucristo, después de haber prometido á sus Apóstoles el divino Espíritu, que había de instruirles en toda verdad y dar testimonio de Él, les anuncia gravísimas persecuciones de parte del mundo y del demonio. El que está lleno del Espíritu Santo, presto viene á ser el blanco y á excitar la ojeriza de aquellos que son esclavos del espíritu diabólico. No te aflijas cuando te persigan los malos, porque no has de ser de mejor condición que tu Señor, el cual fué terriblemente perseguido. La prueba durará poco tiempo; y si en ella te encuentra el Señor digno de sí, estará contigo en la tribulación, y después te librárá honrosamente de ella, y te glorificará. Pondera el motivo por el cual los malos persiguen á los buenos. Es que no conocen al Padre celestial ni á su Hijo divino, Jesucristo. No conocen ni meditan su poder inmenso, con el cual podría aniquilarles en un instante; su bondad infinita, que les está sustentando y mandando al sol que los alumbré y á todas las criaturas que les sirvan; su misericordia, su longanimidad, su hermosura. ¡Cuántos daños produce esta detestable ignorancia! El no conocer á Jesucristo, las obras que ha hecho, las penas que ha sufrido, las privaciones á que se ha sujetado, es la causa de no ser amado como es debido, y de que no se agradezcan sus beneficios ni se busque su gloria. Llorra tal ignorancia, y pide con humildad y fervor á su Majestad que te libre de ella; medita con cuidado, ora con fervor y guarda la divina presencia, porque, si vas con el que es sapientísimo, serás sabio. ¡Oh dulcísimo Jesús! Vos sois la luz de luz que vinisteis á alumbrar al pueblo, que estaba sentado en las tinieblas y en las sombras de la muerte; haced conmigo

vuestro oficio; alumbradme para que os conozca á Vos y os ame, me conozca á mí, y me desprecie, conozca el bien de las tribulaciones y me abrace con ellas; y, finalmente, conozca la vanidad de los bienes terrenos y los menosprecie.

Epílogo y coloquios. ¡Qué cuidado tan amoroso tiene Jesús de sus discípulos! Aunque se ha subido al cielo, no ha querido que quedasen huérfanos; antes ha dispuesto enviarles el Espíritu consolador para que haga sus veces y le supla en su ausencia. El Espíritu Santo es, en verdad, Espíritu consolador. ¡Qué fuente tan abundante de paz, alegría, consuelo y felicidad es este divino Espíritu! Alegra el corazón, llenándole del amor divino, causa de todo placer verdadero y gusto santo; alegra el entendimiento, ilustrándole con verdadera ciencia; por esto se llama Espíritu de verdad. Acompañados é iluminados por este divino Espíritu, no hemos de temer las persecuciones de los hombres, porque, lejos de dañarnos, nos aprovecharán: de ellas saldremos puros, como el oro del crisol. ¡Oh, si comprendiésemos bien esta doctrina! Bienaventurados aquellos que, llenos del divino Espíritu, tienen la dicha de sufrir persecución por la justicia: de ellos será sin duda el reino de los cielos. ¿Temeremos aún las tribulaciones y persecuciones? ¿Decaeremos de ánimo en los trabajos con que nos prueba el mundo? Acordémonos que en nuestra compañía está el Espíritu consolador; formemos eficaces propósitos de aprovecharnos de sus gracias, y pidamos aquellas luces y auxilios que nos son necesarios, y no olvidemos las demás obligaciones.

DOMINICA DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo en el Evangelio de esta festividad explica los caracteres de su amor y los efectos del Espíritu Santo.—(Joan. , xiv , 23-31.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús, como si le estuviéramos oyendo.

PRELUDIO 3.º Pidamos el divino amor y los dones del Espíritu Santo.

Punto 1.º Considera cómo Jesucristo nos muestra el carácter más principal del amor de Dios, diciendo: «Si alguno me ama, guardará mi palabra; el que no me ama, no la guarda». La caridad ó amor de Dios se descubre, no tanto en las palabras, cuanto en las obras. El amor de Dios, dice san Gregorio, nunca puede estar ocioso; él obra grandes cosas cuando existe; y si no quiere trabajar, no puede llamarse amor. Mira cuáles son tus obras, y si observas que flaqueas en la observancia de los divinos mandamientos, convéncete de que no amas á Jesús como debes. ¡Qué insensatez! ¡No amar al Señor que más títulos reúne para merecer tu amor! ¡Qué locura! ¡No sentir amor al Señor de las virtudes, al Rey de la gloria, al más hermoso entre los hijos de los hombres, elegido entre millares, infinitamente deseable; á Aquél

que por ti puso su alma y se entregó á la más afrentosa muerte! Pondera los excelentes efectos de la caridad y amor de Cristo: «Si alguno me ama, será amado de mi Padre y Yo le amaré, bajaremos á él, y de asiento moraremos en él». De modo que si amas á Dios, su correspondencia es indudable; amas á una vil criatura, y ésta te menosprecia; amas á Dios, y este Señor acepta tu afecto y te corresponde á él sin demora. Y para probarte su amor, viene á ti de un modo singular, convirtiéndose tu alma en templo de Dios, paraíso divino, centro de riquezas inefables, fuente de abundantes gracias, y foco de luz celestial. Si tienes á Dios contigo, ¿qué falta te hacen las riquezas? ¿Qué necesidad tienes de los hombres? Sólo Dios basta. ¡Oh alma mía! Preciso es que tengas del todo embotada la voluntad, si tales razones no te inducen á amar á tu Dios. Si amas lo bueno, ¿por qué no amas al que es Sumo Bien? Si roba tu corazón lo bello, ¿por qué no te aficionas á la misma belleza? ¡Oh Jesús! Dadme vuestro amor, y esto me basta: con él soy bastante rico.

Punto 2.º Considera en este punto los bienes inmensos que hemos de obtener por medio del Espíritu Santo, si lo recibimos con aquella plenitud y abundancia con que pretende comunicarse á nuestras almas y desea Jesucristo. Este divino Espíritu, dice el Salvador, os enseñará todas las cosas y os sugerirá y traerá á la memoria lo que os he enseñado, á fin de que os pueda servir de norma segura en vuestra conducta. Pondera cómo el Espíritu Santo nos enseña todas las cosas necesarias para nuestra salvación, y no sólo las enseña exteriormente por los predicadores y otros medios, sino interiormente por sí mismo, iluminando nuestra mente para que las reconozca, inclinando la voluntad para que las abrace, y confortando la memoria para que las retenga. Él nos enseña lo necesario para la perfección, hasta hacernos semejantes en todo á Jesucristo, nuestro Maestro. Él enseña de un modo práctico; nos muestra la ley, y muévenos á cumplirla; nos enseña el camino, y hace que le sigamos; y, finalmente, nos induce á llorar las culpas, á expiarlas con la penitencia, y á imitar las virtudes del Salvador, su humildad, paciencia, caridad y demás. Este divino Espíritu, con sus secretas é internas ilustraciones, nos sugiere y recuerda las enseñanzas de Jesús para que nos aprovechen en las varias circunstancias de nuestra vida. En el tiempo de la tentación tráenos á la memoria sus lecciones acerca de la gravedad del pecado, terribilidad del infierno, presencia de Dios, vanidad de las cosas mundanas. En tiempo de trabajos, nos representa el premio de la gloria; en tiempo de alegría, nos recuerda la necesidad de moderarla; en tiempo de tribulación y dolor, nos presenta á la mente la Pasión de Jesús, y en tiempo de paz y descanso, la necesidad de estar preparados para la guerra. ¡Oh, si nosotros escuchásemos con docilidad las lecciones de este divino Espíritu! ¡Oh Maestro ce-

lestial! Compadeceos de nuestra ignorancia, y enseñadnos todas las cosas que nos ha dicho Jesús, á fin de que, cumpliéndolas, nos hagamos dignos de eterno premio.

Epílogo y coloquios. ¡Oh eficacia del divino amor! Él nos llena de fortaleza y vigor para acometer las empresas más difíciles, para perseverar en el cumplimiento de la ley, aunque pesada y repugnante, y para luchar constantemente contra todos nuestros enemigos. Este amor es un poderoso imán que atrae á nosotros el amor de toda la Santísima Trinidad, la cual viene á morar de asiento en el alma que lo posee. ¡Ah, si el Espíritu Santo viniese á nosotros con la plenitud con que se comunicó en este día á los Apóstoles y demás discípulos del Señor! No solo encendería en nuestro corazón esta divina y preciosa llama, sino que nos mostraría todo cuanto debemos saber para ser en este mundo fieles á nuestro Dios, y en el otro bienaventurados en la gloria. Él nos sugeriría con la oportunidad conveniente cuanto nos ha enseñado Jesús; y en la salud y enfermedad, en la abundancia y escasez, nos regularíamos por la norma celestial que ha trazado el divino Maestro. ¿Deseamos recibir á este divino Espíritu? ¿Qué medios practicamos con este objeto? Reflexionémoslo con atención, porque nos interesa en gran manera; propongamos de modo que el Espíritu Santo guste de morar en nosotros; pidámosle fervorosamente cuanto necesitemos.

DOMINICA I DESPUÉS DE PENTECOSTÉS ¹.

PRELUDIO 1.º En el Evangelio de esta dominica, Jesucristo exhorta á la misericordia, prohíbe los juicios temerarios y ofrece grandes premios á los que ejercitan la caridad con sus prójimos.—(Luc., vi, 36-42.)

PRELUDIO 2.º Representémonos al Salvador predicando á las turbas, entre las cuales nos hallamos.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de ser caritativos y misericordiosos con nuestros prójimos.

Punto 1.º Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre. Quiere Jesucristo que nuestra misericordia se extienda á todos sin excepción, justos y pecadores, amigos y enemigos, conocidos y desconocidos; que la ejercitemos gratuitamente, sin esperanza ni pretensión de premio ni recompensa de los hombres; que sea abundante, haciendo todo el bien que podamos, é ilimitada, no sólo cuanto al tiempo, sino cuanto á los efectos, estando dispuestos hasta á dar por nuestros hermanos la vida. De este modo nuestra misericordia será semejante á la de nuestro Padre celestial. Considera luego las cosas en que quiere Jesús que ejercites

¹ La meditación correspondiente á la fiesta de la Santísima Trinidad, que se celebra en esta dominica, se hallará en la serie primera, med. 151.

más particularmente la misericordia. Debes evitar los juicios desfavorables á tus prójimos: «No juzguéis, y no seréis juzgados», dice el Señor. Mucho más has de huir de condenarle, aunque la injuria que te ha hecho sea muy grave; puesto que mayores son las que tú hiciste á Dios, y este Señor te medirá con la medida con que tú midieres á tu hermano; por lo cual dice: «No condenéis, y no seréis condenados». Mas no debes contentarte con no ofender á tu prójimo; Jesús te exige una misericordia y caridad positivas, ya perdonándole de corazón, «perdonad, y seréis perdonados»; ya también ayudándole en sus necesidades, remediando sus miserias y socorriéndole con abundantes limosnas, «dad, y se os dará». ¿Imitas tú la misericordia de Dios, tu Padre celestial? ¿Cómo ejercitas la caridad con tus prójimos? ¡Oh dulcísimo y amantísimo Jesús! Con razón nos exigís que tengamos misericordia de nuestros prójimos y usemos con ellos de caridad, pues Vos os señalasteis de tal modo en estas virtudes, que por ellas fuisteis murmurado de vuestros enemigos. Concededme que perdone como Vos perdonasteis, sea generoso como Vos lo fuisteis, á fin de que reine con Vos para siempre.

Punto 2.º Considera las eficaces razones que aduce Cristo nuestro Señor para movernos á la misericordia. «Con la medida con que midiereis á vuestros prójimos seréis medidos.» Verdad es que esta norma no se sigue siempre en este mundo; antes con frecuencia se pagan con ingratitud los bienes, y con ofensas las limosnas; empero, en el otro mundo, ésta será sin duda la ley universal ordenada por la divina Justicia. En el infierno, el dolor y el llanto serán proporcionados á las culpas cometidas y á los regalos desordenados que se hubiesen disfrutado; en el purgatorio, la medida de consuelo y refrigerio será proporcionada á la misericordia ejercitada en vida; y en el paraíso la gloria y bienaventuranza corresponderá á las virtudes practicadas, á los tormentos padecidos por Dios, y á las humillaciones y privaciones soportadas por su amor. ¿Quién, reflexionando todo esto, no se mueve á ser misericordioso y á seguir el camino trazado por el Salvador? ¡Ay de aquel que menosprecia estos consejos, y se gobierna por el dictamen del mundo, por los deseos de la carne, ó por las exigencias de su amor propio! Será un ciego guiado por otro ciego, y ambos caerán en la hoya profunda del pecado, y por fin en el abismo del infierno. Examina atentamente cómo piensas acá de estas cosas, y si alguna vez te has dejado llevar de los respetos humanos, de los apetitos desordenados y del amor desordenado de tu voluntad. Reflexiona, por fin, sobre las últimas palabras del Evangelio. «¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano, y no consideras la viga que está atravesada en el tuyo?» Tienes mucho rigor para corregir á los demás, y excesivo descuido para corregirte á ti; quieres que las faltas de otros no sean disimuladas, y sientes que se vean las tuyas. ¡Oh ama-

bilísimo Salvador! Llenad nuestro corazón de aquella divina caridad, por la cual, estando en la cruz, rogasteis por vuestros enemigos, excusando del modo que podiais su pecado; hacedme misericordioso con mis prójimos, á fin de que sea digno de recibir en el cielo abundante medida de gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán misericordiosos nos desea el divino Salvador! ¡Como su Padre celestial! ¿Quién es capaz de copiar en sí este divino modelo? Para esto es indispensable que nuestra misericordia sea universal, perpetua, gratuita, espléndida, ilimitada, y sin acepción de personas. Nuestra misericordia ha de ser, no sólo negativa, evitando los juicios desfavorables contra el prójimo y el condenarle con ligereza; sino positiva, perdonando con amor las ofensas y ejercitando la generosidad con abundantes limosnas. ¡Oh, si de este modo midiésemos á nuestro prójimo! En este mundo quizá no serían reconocidos ni alabados nuestros sacrificios; empero en el otro, la medida de gloria sería abundante, colmada, y que rebosaría por toda la eternidad. ¿Por qué en el trato y relaciones con nuestros hermanos no nos modelamos por esta doctrina de Jesús? ¿Por qué consultamos tantas veces á nuestras pasiones, á nuestras afecciones y repugnancias? ¡Ay de nosotros! En estos casos somos ciegos guiados por otros ciegos. Nada más ciego que la pasión. Ella nos precipitará sin duda en la hoya del pecado y en el abismo sin fondo del infierno. Conociendo todo esto, hagamos propósitos muy firmes de obrar según las enseñanzas de Jesús, ejercitando la misericordia con nuestros hermanos del modo que Él desea; supliquémosle que nos ayude á cumplirlos y que se compadezca de todas las necesidades.

DOMINICA DENTRO DE LA OCTAVA DEL CORPUS, II DESPUÉS DE Pentecostés.

PRELUDIO 1.º Un hombre hizo una grande cena, llamó á varios convidados, y se excusaron de asistir á ella; entonces mandó á su criado que obligase á entrar á todos los que encontrase al paso, hasta que se llenó la sala; mas los primeros quedaron excluidos.—(Luc., XIV, 16-24.)

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús sentado á la mesa, rodeado de fariseos, proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no hacerte sordo al llamamiento divino.

Punto 1.º Un hombre distinguido preparó una grande cena, y estando todo dispuesto, envió á su siervo á que llamase á los invitados; mas éstos por diversos pretextos se excusaron de acudir á la invitación. Considera cómo este hombre figura muy expresivamente á Dios nuestro Señor, el cual por sola su misericordia ha preparado varias cenas para alimentar y recrear á los hombres. Cena abundantísima es la santa Iglesia, á la cual son

llamados todos los infieles y herejes; cena riquísima es la sagrada Eucaristía, para la cual invita Dios á los cristianos; cena preciosa es el estado religioso, al cual llama á sus escogidos; cena perfectísima y sumamente abastecida, y que con propiedad se llama con este nombre, es la gloria del cielo, que se da al terminar el día de esta vida mortal, y á la cual ya no seguirá otra comida, porque en ella quedará el hombre completamente satisfecho, sin que pueda suspirar por otros bienes que ya no posea, puesto que tiene á Dios, en el cual se encierran todos. Con ser tan excelentes y regaladas estas cenas, muchos de los invitados se excusan de acceder á los deseos del Señor que los invita: porque muchos herejes rehusan entrar en la Iglesia, muchos cristianos menosprecian la cena eucarística y resisten á la vocación religiosa, é innumerables hombres prefieren gozar en la tierra que subir á disfrutar de las delicias del cielo. ¿Estamos nosotros incluidos en alguna de estas clases? ¿Nos arrastra alguna vez la soberbia, el interés ó la sensualidad, causas universales por que los hombres desoyen la voz del Señor que los convida? ¡Oh Dios mío! Dad conocimiento y prudencia á tantos insensatos que, abandonándoos á Vos, fuente de aguas vivas, cavan para sí cisternas rotas que no pueden contener el agua, y dejando á un Padre tan amante como Vos, se entregan en manos de un amo cruel que los explota, aflige y humilla en este mundo y los atormentará para siempre en el otro.

Punto 2.º Considera cómo, viendo el Señor de la cena que los llamados primeramente habían desechado su invitación, dijo á su siervo: «Sal al instante por las calles y plazas, por los caminos y encrucijadas, y obliga á entrar á cuantos topes, aunque sean pobres, enfermos, ciegos y cojos, hasta que mi casa quede llena de convidados». Pondera aquí la misericordia infinita de Dios nuestro Señor, por la cual invita generoso para su divina cena á todos los hombres indistintamente. No desconfes de la bondad de este celestial Padre, aunque te reconozcas pobre de virtudes y buenas obras; enfermo con muchas pasiones y desordenados afectos é inclinaciones; ciego para ver las cosas sobrenaturales y tus propias miserias y para meditar las cosas divinas; cojo, cayendo repetidas veces en culpas veniales. También tú tienes derecho á esperar el divino llamamiento, por más que te halles en tan miserable estado: Pero, si has recibido el encargo de llamar á otros, mira entre quiénes has de ejercer el divino ministerio, y cómo has de llevar á cabo los ejercicios de tu celo. Si los ricos no te escuchan, habla á los pobres; si los sabios te desprecian, enseña á los ignorantes; si los nobles no quieren oírte, dirígete á los plebeyos, y no desdeñes á los más miserables. Si Dios los admite á su cena, ¡cuán reprehensible serás tú, si por orgullo no quisieras invitarlos! Y no basta una simple invitación; es preciso exhortar con energía, mover con viveza y ha-

cer una santa violencia, como si á ti te importara tanto como á ellos el entrar en el convite en donde ya estás. Reflexiona con santo temor cuán omnipotente es la providencia de Dios, la cual logra siempre su intento, llenando su convite; y si los unos desprecian su invitación, otros se aprovechan de ella. Guarda, pues, lo que tienes, á fin de que otro no te quite tu corona. ¡Oh alma mía! Si oyes la voz de Dios, no seas dura para escucharle y cumplir lo que te inspira, no sea que algún día te diga: Llamé, y tú rehusaste oír, y se burle de ti en tu abatimiento.

Epílogo y coloquios. ¡De qué modo tan sencillo y expresivo explica Jesús los secretos de su adorable providencia! Un señor prepara una espléndida cena; llama á los invitados, y habiendo éstos rehusado acudir á la invitación, envía á sus criados que vayan por todos los caminos y compelan á todos los que hallen á entrar en la sala del convite, sin mirar si son ciegos, cojos ó enfermos, hasta que se llene toda ella. Este Señor tan generoso es Dios. ¡Qué cenas tan abundantes, espléndidas y ricas ha preparado para los hombres! La Iglesia santa, el estado religioso, la sagrada Eucaristía, la gloria del cielo: cenas son que no reconocen superior. ¡Oh locura del hombre! Siente el divino llamamiento, y, engañado y dominado por la soberbia, avaricia ó amor al goce, desecha, estúpido, la amorosa y tierna invitación de su Dios. ¿Quién sabe si nosotros hemos seguido alguna vez el camino de estos insensatos? No juguemos á costa de la divina gracia, porque lo que sembramos, eso cogemos. Si hacemos el sordo á la voz de Dios, otros arrebatarán nuestra corona, y nosotros, que habíamos de ser los hijos de su reino, vendremos á caer en las tinieblas exteriores. Meditemos profundamente estas verdades, y movámonos á hacer los propósitos que exigen ellas y el estado de nuestra alma. Pidamos á Jesús que se compadezca de nuestra debilidad é inconstancia, y nos dé su gracia para cumplirlos, sin dejar el remedio de las demás necesidades.

DOMINICA III DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º En el Evangelio de este día se refieren las parábolas del pastor que busca la oveja perdida, y de la mujer que busca la dracma que se le extravió.—(Luc., xv, 1-10.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús proponiendo estas parábolas.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar la caridad del buen Pastor, y la diligencia de la mujer en buscar la dracma.

Punto 1.º Acercábanse á Cristo los publicanos y pecadores para oírle. Tal era la amabilidad de Jesús y el olor suavísimo de su virtud, que atraía á sí á los pecadores más obstinados, y le oían con humildad; y Él, con una ternura sin igual, los acogía cariñosamente y comía con ellos, recibiendo de ellos el manjar corporal, á fin de tener ocasión de alimentarlos con el manjar es-

piritual de su celestial doctrina y gracia divina. ¡Cuán propio de los ministros de Jesucristo es este celo tierno, amable, siempre accesible y compasivo! «Nos hemos hecho niños en medio de vosotros, decía el Apóstol escribiendo á los fieles de Tesalónica, y os regalamos con ternura, como la nodriza cuando acaricia á su hijito, siendo como sois carísimos para nosotros.» Los duros, ásperos, severos y rígidos para los pecadores, son semejantes á los fariseos, que querían alejarlos de Jesús, y murmuraban de Él porque los admitía. ¿Cuál es el modelo que tienes para el ejercicio de tu celo? ¿Imitas á los fariseos ó á Jesús? Pondera la infinita ternura de este Señor, que resalta en la parábola que en esta ocasión les propuso. Es un pastor que, teniendo cien ovejas, pierde una; al instante deja las noventa y nueve, y corre en busca de la que se extravió, y si la encuentra, cárgala sobre sus hombros, llévala al rebaño, y se felicita y alegra con sus amigos de haberla encontrado. El pastor es Jesús, la oveja perdida es el pecador que se aparta de la congregación de los justos, los amigos que se regocijan y se alegran son los ángeles, que hacen fiesta en la conversión del pecador. Medita bien las circunstancias de esta parábola, y, si tienes corazón, no podrás menos de llorar tus pecados y deshacerte en alabanzas de la bondad y misericordia de Jesús. ¡Oh Pastor amoroso! Ahora veo cuán ingrato he sido con Vos, desconociendo vuestros beneficios y pagando con nuevas ofensas vuestras excesivas bondades; hacedme oveja dócil que nunca me aparte de Vos; y pues queréis que también sea pastor, comunicadme vuestro espíritu para que os imite con fidelidad en el gobierno de las ovejas que me habéis encomendado.

Punto 2.º Considera cómo Jesús, para imprimir más indeleblemente en nuestro corazón la misericordia infinita que tiene con los pecadores, no se contentó con proponer la parábola del buen pastor; propuso también la de la dracma perdida. Era una mujer que poseía diez dracmas; perdió una, y al instante encendió una luz y barrió la casa con diligencia hasta que la encontró; dió cuenta del hallazgo á sus amigas y vecinas para que se alegrasen y la felicitasen. Reflexiona aquí cuántas comparaciones aduce Jesús para descubrirnos el infinito amor que nos profesa. Ya se compara á un padre de familias, ya á un médico, ya á un pastor, ya á una madre de familias; mas todas estas comparaciones, aunque expresivas, distan mucho de describir la intensidad, fortaleza, ternura y longanimidad del amor que tiene á los hombres. ¿Cómo es que nosotros no seamos más fieles en corresponderle? En la parábola anterior comparaba á nuestras almas á las ovejas; en ésta las compara á la dracma, moneda circular de plata, en la cual está grabada la imagen del soberano, para significar su preciosidad, su eternidad, y que es hermosa imagen de Dios. Mira bien cuánto vale tu alma y la virtud significada